

México profundo, una civilización negada de Guillermo Bonfil Batalla

Margarita del Carmen
Zárate Vidal

SEP/CIESAS, México, 1987, 250 pp

La problemática de los indígenas en nuestro país ha sido abordada desde ópticas muy diferentes. En el marco de la Antropología Mexicana ha constituido una preocupación central, se ha discutido la pertinencia del indigenismo como instrumento estatal para el logro de la "integración" de los grupos indios a la sociedad nacional. A lo largo de los años se ha llevado a la práctica este indigenismo con distintos enfoques: desde el asimilacionista, pasando por el integracionismo hasta llegar a las nuevas proposiciones críticas —aun dentro del indigenismo— del participativismo.

Sobre estos temas se ha producido ya una amplia bibliografía con tintes evidentemente controvertidos y polémicos. Y es en este contexto donde ubicamos la nueva obra de Guillermo Bonfil Batalla. Este autor se ha caracterizado por su producción en torno a la participación política de los indios de México; depositario junto con los antropólogos contemporáneos de la tradición crítica de la Antropología Mexicana de fines de los años sesentas (Cf. De eso que llaman Antropología Mexicana, Nuestro tiempo 1970), participante activo contra el indigenismo integracionista, preocupado por dar cuenta del panorama de las luchas indígenas a nivel continental.

La obra que nos expone tiene un doble propósito a decir del mismo Bonfil: "presentar una visión panorámica de la presencia ubicua y multiforme de lo indio en México" y proponer "argumentos para una reflexión más amplia, que nos debe incumbir a todos los mexicanos: qué significa en nuestra historia, para nuestro presente y, sobre todo, para nuestro futuro, la coexistencia aquí de dos civilizaciones, la mesoamericana y la occidental".

En torno a estos dos propósitos plantea algu-

nas ideas centrales a lo largo de la obra: el México profundo, lo indio, la persistencia de la civilización mesoamericana que encarna hoy en pueblos definidos (los grupos indígenas), pero que se expresa en otros ámbitos mayoritarios de la sociedad nacional.

En forma paralela al México profundo plantea la existencia del México imaginario, el modelo occidental dominante heredado de la conquista, el cual ha sido adoptado por una minoría que se organiza según sus normas, aspiraciones y propósitos y que no son compartidos o bien lo son desde otra perspectiva por el resto de la población nacional.

La existencia de dos civilizaciones y por tanto de dos proyectos civilizatorios y de dos modelos ideales de la sociedad a la que se aspira nos plantea por añadidura dos futuros posibles. El justifica esta preocupación por el proyecto civilizatorio, planteando que los problemas inmediatos no pueden ser comprendidos si no se enmarcan en el dilema no resuelto que plantea la presencia de dos civilizaciones. Su idea central en este marco es la de que los "diversos proyectos nacionales conforme a los cuales se ha pretendido organizar a la sociedad mexicana en los distintos periodos de su historia independiente, han sido en todos los casos civilización occidental, en los que la realidad del México profundo no tiene cabida y es contemplada únicamente como símbolo de atraso y obstáculo a vencer" (p. 11).

A esta propuesta el autor da coherencia siguiendo sus propias formulaciones de la teoría del control cultural (publicado en los Papeles de la Casa Chata no. 3, CIESAS, 1987).

El libro está dividido en tres grandes partes, la primera titulada *La civilización negada* la cual se subdivide en tres apartados. En el primer apartado da una somera visión del surgimiento y desarrollo

de las culturas mesoamericanas, buscando en ellas la matriz civilizatoria de las actuales. Elabora también una síntesis de los elementos de esa matriz civilizatoria mesoamericana que pervive en las culturas de los pueblos indios. Busca también encontrar esos elementos en la cultura de las capas de la sociedad mexicana que no se reconocen como indios. Es aquí donde introduce el concepto de desindianización (proceso histórico a través del cual poblaciones que originalmente poseían una identidad particular y distintiva, basada en una cultura propia, se ven forzadas a renunciar a esa identidad, con todos los cambios consecuentes en su organización social y su cultura p. 42). Ubica también el momento colonial como organizador de una sociedad dividida jerárquicamente en la que los rasgos somáticos se usan socialmente para ubicar, en principio, a los grupos y a los individuos. Esto es, el neocolonialismo y la dependencia refuerzan las ideologías que una preferencia por ciertos rasgos y tonalidades, "la discriminación de lo indio, su negación como parte principal de nosotros tiene que ver más con el rechazo de la cultura india de la piel bronceada" (p. 43).

Inicia el segundo apartado titulado *El indio reconocido*, partiendo del reconocimiento de la ignorancia de los mexicanos acerca de los indios y trata de responder algunas preguntas: ¿cuántos son, cuántas lenguas hablan, cuántos pueblos componen el universo indio del México actual? A continuación elabora un perfil de la cultura india, tratando de descubrir similitudes y correspondencias más allá de los rasgos específicos. Lo que dentro de su esquema teórico es caracterizado como "cultura autónoma de los pueblos indios, la que se fundamenta en la herencia cultural que cada pueblo recibe y sobre la cual ejerce control y decisión" (p. 72).

Así considera —entre otros rasgos— a la agricultura, la concepción de la naturaleza, la autosuficiencia, las formas de organización del trabajo, las relaciones familiares, el papel de la mujer, las relaciones de cooperación, el trabajo colectivo, la medicina, la autoridad, el prestigio.

En *Lo indio desindianizado* (apartado III), abunda sobre la persistencia de la cultura india en sectores sociales que se asumen como no indios. Considera entre dichos sectores al “mundo campirano” donde encuentra similitud con muchos aspectos de la cultura india. Dedicar espacio a lo indio en las ciudades, aportando un dato significativo: “la ciudad de México es la localidad con mayor número de hablantes de lenguas aborígenes en todo el hemisferio” (p. 88). Bonfil nos dice, la ciudad se puebla de indios: albañiles, “marías”, el “servicio doméstico”, etcétera.

Su presencia no ha pasado desapercibida: son nombrados con un término ya arraigado: nacos, “La palabra de innegable contenido peyorativo, discriminador y racista, se aplica preferentemente al habitante urbano desindianizado, al que se atribuyen gustos y actitudes que serían una grotesca imitación del comportamiento cosmopolita al que aspiran las élites, deformado hasta la caricatura por la incapacidad y la “falta de cultura” de la naquiza. Lo naco, sin embargo, designa también a todo lo indio: cualquier rasgo que recuerde la estirpe original de la sociedad y la cultura mexicana, cualquier dato que ponga en evidencia el mundo indio presente en las ciudades queda conjurado con el simple calificativo de naco. La ciudad se resguarda de su realidad profunda” (p. 89). Finaliza este apartado dando cuenta de la presencia de lo indio en muros, museos, esculturas y zonas arqueológicas; en el discurso oficial, exalta al mundo muerto, el pasado

glorioso, mas el indio vivo, lo indio vivo queda relegado a segundo plano, cuando no se le ignora o niega. Caracteriza también lo que el llama la esquizofrenia colonial de nuestras capas medias, “desraizada la clase media baila al ritmo que le tocan, sin gana para recordar ni incluso para imaginar. Si otro es el México profundo, éste es el México de la superficie: superficial” (p. 93).

En la segunda parte *Cómo llegamos a donde estamos*, plantea la importancia de conocer el proceso histórico que nos ha conducido a la situación actual, coloca como centro la imposición del sistema del control cultural que limitó las capacidades de decisión de los pueblos colonizados y arrebató el control sobre muchos de sus elementos culturales. Presenta una visión general de los momentos centrales de dicho control cultural, no pretende sintetizar, mas sí elaborar propuestas de reflexión. En el segundo apartado recorre el orden colonial, la creación del indio como categoría colonial, la empresa evangelizadora, el indio como sujeto de explotación.

El apartado III, *La forja de una nación* reseña los rasgos de la independencia criolla y su caracterización del indio.

A continuación en apretada exposición contempla a la revolución mexicana y el proceso de consolidación del proyecto nacional en los años 40s, la implementación de la política indigenista como instrumento necesario para lograr la ansiada integración nacional. Contempla en breves párrafos el crecimiento de la ciudad, los medios de información masiva (información, en sus palabras) la industrialización, la clasemediatización, etc. Constata la permanencia de un conflicto central: la tierra, y afirma: ni la independencia, ni la reforma, ni la revolución han conducido a que la relación entre el

México imaginario y el México profundo deje de estar presidida por el signo de la violencia. Concluye que el proyecto nacional producto de la revolución mexicana niega también la civilización mesoamericana.

Ya en el apartado v titulado *Los senderos de la sobrevivencia india*, expone las respuestas del México profundo a los embates de la dominación colonial. Desarrolla como categoría central de análisis, la de cultura de resistencia, para caracterizar la orientación de las culturas indias hacia la permanencia, que no es inmovilidad sino adopción de los cambios indispensables con el fin último de permanecer. Plantea la existencia de 3 procesos principales que han hecho posible la permanencia de las culturas indias: el de resistencia, el de innovación y el de apropiación. Discute y rebate dos ideas, la que postula el conservadurismo y el rechazo a los cambios que supuestamente caracteriza a las culturas indias y aquélla que sugiere que la presencia de elementos culturales de origen externo conduce necesariamente a un debilitamiento y pérdida de autenticidad de las mismas. Para él la presencia de la cultura impuesta en las comunidades se traduce en miseria.

En la última parte de esta sección da una visión general del surgimiento del nuevo sector indio, por lo general asociado a una larga experiencia urbana, de extracción magisterial. Grupo integrado por individuos que se afirman indios aunque participan esporádicamente en la vida comunal. En este sentido discute la calificación de espurio adjudicada al movimiento indio urbano bajo el argumento de que sus representantes no son indios, a lo que aduce: si el "verdadero" indio debe ser analfabeto y miserable, no puede hablar español ni emplear la

racionalidad occidental, si por acaso alguno lo hace, deja de ser indio. Esta aseveración constata la persistencia de la ideología colonizadora.

La tercera y última parte, *Proyecto nacional y proyecto civilizatorio*, contempla el país que hoy tenemos y lo que él llama "la quiebra de la ilusión", la reafirmación de que México es un país pobre, con industria insuficiente, endeudado, con una gran desigualdad económica, devastado ecológicamente, con "un pueblo invisible y mudo para el sentir del México imaginario". En fin, "lo que se quebró fue el modelo civilizatorio del México imaginario que se había admitido como el único posible" (p. 223).

Bonfil hace su propuesta, no se puede construir un país imaginario, sería demente insistir en hacerlo —agrega—, México es éste, con esta población y esta historia; no podemos persistir en el empeño de sustituirlo por otro que no sea éste. La tarea es más simple: hay que hacerlo mejor. Pero desde adentro, no desde afuera.

La concreción de esto es la existencia de una nación étnicamente plural lo cual exige la anulación y supresión de toda estructura de poder que implique la dominación de cualquiera de los grupos sobre los demás. El problema es cómo crear las condiciones para la liberación de las culturas oprimidas.

Bonfil concluye planteando que el problema de la civilización *es el problema*, porque en él se define el modelo de sociedad que vamos a construir. Las decisiones que inevitablemente habremos de tomar para reorientar al país constituyen una opción del proyecto civilizatorio, más allá del debate político inmediato que no osa rebasar los límites del proyecto occidental, el del México Imaginario. 